

ALFONSO MENDEZ PLANCARTE

Original de Zamora, Michoacán, en donde vio la luz el 2 de septiembre de 1909, falleció en la ciudad de México, en su casa de la calle del Fresno, el 8 de febrero de 1955.

Con su hermano Gabriel, Octaviano Valdez y Angel María Garibay, representa el conjunto más valioso de humanistas que la iglesia mexicana ha tenido en el presente siglo. Alfonso Méndez Plancarte fue uno de los críticos más penetrantes de las letras mexicanas y un delicado poeta.

De su obra personal destaca: *Un grano de mostaza; Breves explanaciones al Catecismo Católico de Gasparri* (1938); *La historia mitológica de Gutiérrez Dávila* (1941); *Poetas novohispanos, primer siglo (1521-1621)* (1942); *Poetas novohispanos, segundo siglo (1621-1721)* (1944); la parte segunda de esta obra fue editada en (1945); *Códice Gómez de Orozco; Un Ms. novohispano del XVI-XVII, Cuarenta rimas inéditas y selección de Silva Sacra* (1945); *XL Odas de Horacio. Versión rítmica y notas* (1946); *León Marchante jilguerrillo del Niño Dios. Un olvidado poeta español* (1948); *Memorial de la santa vida y dichoso tránsito del buen beneficiado Pedro Plancarte, cura de Carácuaro en el obispado de Michoacán (1555-1607)*, (1950); prosificación de *El sueño*, de sor Juana Inés de la Cruz (1951); *Primor y primavera del Hai-Kai* (1951); *Fray José Antonio Plancarte, un poeta mexicano de fines del siglo XVIII* (1952); *Guadalupe en su más pleno fervor litúrgico* (1952); *Fátima, realidad y maravilla; el Tepeyac o el Lourdes del siglo XX* (1948); *Díaz Mirón, gran poeta y sumo artífice. Discurso de recepción como individuo de número de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, leído en la noche del 26 de enero de 1954* (1956); *El Corazón de Cristo en la Nueva España* (1951); *Novena en honor de Nuestra Señora del Buen Socorro de Zamora, Michoacán, con algunas notas históricas* (1948); *Díaz Mirón, poeta y artífice* (1954); *Cuestiúnculas gongorinas* (1955); *Juan José de Arriola; Décimas de Santa Rosalía, Ms. inédito del siglo XVIII* (1955); *San Juan de la Cruz en México* (1959); *Dos textos catequísticos, Ripalda frente al Gasparri* (1951).

Compiló y publicó inteligente y eruditamente anotada la *Obra de Rubén Darío* (1952); *Obras completas de Amado Nervo* (1952); *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz* (1951-1955); las *Poesías completas de Amado Nervo* (1943). Tradujo la *Oración en laudanza de la jurisprudencia pronunciada en la apertura de cursos de la Universidad de México, el año del Señor de 1596*, por Juan Bautista Balli (1953).

Publicó numerosos artículos en *El Universal* y en *Abside*, que dirigió de 1950 a 1955, y en la *Gaceta Eclesiástica Mexicana*, de la que fue director de 1946 a 1950.

Se refieren a él: David N. Arce, "Caudal y herencia del padre Alfonso Méndez Plancarte", *Boletín de la Biblioteca Nacional*, abril-junio de 1955, p. 28-58. Alfredo Cardona Peña, *Alfonso Méndez Plancarte*, México, Ed. Manuel Porrúa, 1955; Nemesio García Naranjo. *Contestación al discurso de Alfonso Méndez Plancarte, en la recepción de éste como individuo de número en Memorias de la Academia Mexicana*, 1956, t. XV, p. 21-29; María del Carmen Millán, "Alfonso Méndez Plancarte" en *Universidad de México*, v. IX, No. 7, marzo, 1955, p. 17-18; Carlos Suárez Veintimilla, "Dos vidas sacerdotales" en *Abside*, t. XIX, No. 4. oct-dic. 1955, p. 418-421.

Fuente: Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras completas de...*, 4. v. Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. México, Fondo de Cultura Económica, 1951. IIs. I-XXVII-XXXII.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

Doña Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana —sor Juana Inés de la Cruz, en el claustro y la gloria estética (1651-95)—, dícese que nació el 12 de noviembre de 1651 en la alquería o hacienda de San Miguel Nepantla (del actual estado de México, ya hacia la raya con el de Morelos), de padre vascongado y madre criolla: el capitán don Pedro Manuel de Asbaje y Vargas Machuca, "natural de la Villa de Vergara en la provincia de Guipúzcoa", ya difunto en 1669; y doña Isabel Ramírez de Santillana, de abuelos naturales de Sanlúcar de Barrameda, hermana del tatarabuelo del célebre padre Alzate, y muerta en 1688.

Esta doña Isabel tuvo seis hijos, entre quienes reinó "mucho cariño y buena hermandad"; doña Josefa María, doña María y sor Juana Inés de la Cruz (las tres, Asbaje y Ramírez), y don Diego, doña Antonia y doña Inés (los Ruiz Lozano y Ramírez, hijos del capitán don Diego Ruiz Lozano y Centeno, y mediohermanos de la poetisa); a pesar de lo cual, ya cerca de morir, se declaró "de estado soltera", y a su prole, toda ella "natural", en trágico enigma. Pero ese testamento, por sí solo —rebasante de fe y piedad—, trasluce cómo rendiría sus cuentas libre de aquella culpa —*felix culpa*— que a sor Juana dio el ser, y en ella tanta gloria a nuestra gente y al mismo Dios.

Criándose Juana al lado de su abuelo materno don Pedro Ramírez, en la cercana hacienda de Panoayan, leía ya a los tres años en "La Amiga" de la próxima Amecameca; rogó en vano a su madre, a los seis o siete, que "mudándole el traje" la enviaran a "cursar la Universidad"; y a los ocho rimaba una loa eucarística, en tanto "despicaba" su sed de leer, entre los libros del propio abuelo. Traída, en fin, a México, en la casa de ciertos "deudos" —probablemente la de Juan de Mata, casado con su tía doña María Ramírez—, tomó "veinte lecciones" de latín del presbítero Br. Martín de Olivas, que le bastaron, sin que haya que tachar de "deplorables" sus poemas latinos; y para 1665 estaba en Palacio, como dama "muy querida" de la virreina marquesa de Mancera, encantando a la corte con su gentileza y su espíritu.

Su "curiosidad científica universal y avasalladora" —sin ser, ni mucho menos, "lo que más nos interesa en sus obras", como decía Menéndez y Pelayo— sí fue un hondo perfil de su genialidad y aun de su poesía, pues —como explica Vóssler— "amaba todas las ciencias con una fresca manera femenina... para alegrar, consolar y sorprender... en una cacería de extrañas asociaciones de ideas"... Y autodidacta acaso incomparable, ya sabemos, por el padre Calleja, cómo "su habilidad tan nunca vista" triunfó en "científica lid" con cuarenta letrados de todas facultades, "a la manera (hubo de referir el virrey que ideó tal examen) que un galeón real se defendería de pocas chalupas". No en vano advierte el ya aludido Vóssler que, aun en sus versos más adolescentes (1668) "señorea el arduo estilo culterano, está desde el principio a la altura de cualquier asunto, y se nos muestra ya igualmente versada en todas las escuelas y métricas".

Maravillosa flor de discreción y hermosura, "es difícil que dejase de amar y de ser amada", para expresarlo con el noble don Marcelino; y la "humedad de lágrimas" de sus poesías amorosas torna plausible el "casto y misterioso amor" que vislumbra Nervo, por más que —en lo absoluto— la sola intuición creadora explicaría su "legítimo acento de la emoción lírica", notado por Menéndez y Pelayo, en los que el padre Calleja (o quien fuere el autor de esa preciosa "Elegía" anónima de su *Fama Póstuma*) llamó, nítidamente, "amores que ella escribe sin amores"... Y esto mismo —evidente, sobre todo, en sus Liras "de una mujer a su marido muerto"— resulta harto probable, sin exigir la hipótesis de ninguna concreta

“función de reminiscencia”, en cuanto de esa lírica pudiera datar del claustro, donde (bien lo subraya Alfonso Junco) nada empañó jamás, ni con la mínima sombra, “la diafanidad de su nombre”.

Mujer, en todo caso, que “no podía hallar par (ni “paz”) en el mundo”, según la bella y honda frase de Calleja, ella misma nos explicará, en su *Respuesta a Sor Filotea*, su toma de velo: “Entréme religiosa porque... para la total negación que tenía al matrimonio, era lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad de mi salvación”... y aunque habría preferido “vivir sola”, sin nada que “embarazase el sosegado silencio de mis libros... vencía las impertinencias de mi genio... con el favor divino... y la fuerza de la vocación”... Ni sólo tenía esa sed —tan racional y cristianamente legítima— de “la libertad de mi estudio”, sino también, y más, la del amoroso sacrificio a Dios, llegando hasta a escribir que “no otro motivo me entró en religión que... el sepultar con mi nombre mi entendimiento”, aunque el iluminado confesor “no me lo permitió, diciendo que era tentación, y sí lo sería”...

Tras de sólo tres meses de 1667 en San José, de las Carmelitas Descalzas —cuya austeridad la enfermó—, profesó al fin sor Juana en 1669, en San Jerónimo del propio México, donde —oigamos de nuevo al padre Calleja— “veintisiete años vivió... con el cumplimiento substancial a que obliga el estado de religiosa... en cuya observancia guardaba su puesto como la mejor”... Exacta en el diario coro —diurno y nocturno— y en sus oficios de contadora y de archivista, y hasta llega a decirse que dos veces electa priora, aunque no aceptó. Pródiga, con los pobres, “de los muchos regalos continuos que le presentaban”, sin querer reservarse “ni aun la veneración de limosnera”... Solícita con las enfermas, sin desdeñar “guisarles la comida”... Partícipe de las demás faenas humildes, como cuidar a las niñas y “moler chocolate”... Obediente aun a aquella proverbial —y excepcional— “prelada muy santa y cándida” que le vedó el estudio “unos tres meses que duró el poder ella mandar”... Y acreedora, por fin, a ese elogio sumo: “La Caridad fue su virtud reina... Nadie la oyó jamás quejosa ni impaciente... Jamás se había visto igual perspicacia... con la límpida candidez de buen natural”... Y hacía, a la vez, fructificar sus talentos. “Su más íntimo y familiar comercio eran los libros”, de los que alcanzó a poseer “cuatro mil”, según el más formal testimonio de su citado

biógrafo capital, que no hallamos razón de poner en duda. Y la gloria de sus escritos y su sapiencia —bíblica, teológica, filosófica, humanística, astronómica, y aun pictórica y musical— llenaban el orbe hispano. . .

Tras de los virreinos de sus grandes amigos, los marqueses de Mancera (1664-73) y el arzobispo don fray Payo Enríquez de Ribera (1670-80), la metropolitana le encomendó su Arco Triunfal (el *Neptuno Alegórico*) para los marqueses de la Laguna y condes de Paredes (1680-86), que iban muy pronto a ser “su familia ideal”, según la bella definición de don Ezequiel Chávez. . . Ganó dos lauros, bajo sendos seudónimos, en el lírico Certamen universitario del *Triunfo Parténico* (1683), en loor de la Inmaculada. . . Las catedrales de México, Puebla y Oaxaca, de 1676 a 1691, le encargan villancicos para sus máximas fiestas a su “erudición sin segunda y siempre acertado entendimiento”, así calificados a menudo en dichas portadas. . .

El grande obispo de Puebla y electo virrey y arzobispo, Fernández de Santa Cruz, edita su *Crisis de un Sermón* del celeberrimo jesuita portugués, padre Vieyra, y loando su “sabiduría, viveza y discreción” y “la enérgica claridad con que convence” la intitula *Carta Athenagórica*, o digna de Minerva (1690). Muchos prelados y eclesiásticos, y entre ellos ciertamente varios jesuitas, aplauden esa *Crisis* o crítica de sor Juana, dándole a ésta la palma sobre Vieyra, sin que nada absolutamente abone los fantaseos antijesuíticos y antiinquisitoriales que en nuestro siglo se han bordado al respecto. Y en suma, nuestros máximos ingenios, y otros de Europa y del Perú y la Nueva Granada, se honran con su correspondencia o rivalizan en sus encomios.

Sus obras, en España, la consagran como “la Unica Poetisa, Musa Décima”, al recopilarse en su *Inundación Castálida* (Madrid, 1689), que es luego el tomo I de sus *Poemas* (Madrid, 1690); Barcelona, 1691; Zaragoza y Sevilla, 1692), así como en su tomo II (Sevilla, 1692, y Barcelona, 1693), a los que seguirá —tomo III— la *Fama y Obras Póstumas del Fénix de México*, editada por el doctor Castorena y Ursúa, luego obispo de Yucatán (Madrid, 1700, y Barcelona y Lisboa, 1701): tres poderosos volúmenes, largamente reimpresos (Valencia, 1709, y Madrid, 1714, 15 y 25). Y todavía, además de ver impresos aisladamente su auto sacramental de *El Divino Narciso* y sus meditaciones del *Rosario* y la *Encarnación*, dio a luz varios

opúsculos anónimos, como los otros varios juegos de *Villancicos* que le restituiremos con cabal certeza o con mayor o menor probabilidad, y aún dejó nada escasos manuscritos, hoy extraviados —como *El Equilibrio Moral*, o el método de música que tituló *El Caracol*—, cuyo largo catálogo tejemos aquí adelante.

La hora más bella

Una excelencia sola le faltaba, y al fin la tuvo. Sor Juana, “siempre encantadoramente buena, llegó a ser arrebatadoramente santa” en sus dos o tres últimos años —para decirlo con la gracia certera de Alfonso Junco—. Ni le hagamos la injuria de explicarlo por “ruina intelectual” o filosófica decadencia, sin el menor indicio en “esta robustísima alma” que ni en la agonía padeció —lo abona el padre Calleja— “la turbación más leve en el entendimiento”... Antes bien —con Menéndez y Pelayo—, demos este trofeo al *Amor Divino*, único que finalmente bastó a llenar la inmensa capacidad de su alma”.

El México de 1690 y 91 —hambres, epidemias, tumultos—, le habla ya con la voz del Eclesiastés. Su confesor, el insigne padre Núñez de Miranda, S. J. —tan bella y justamente ilustrado por Fernández Mac Grégor—, la espolea a mayor perfección, aunque sin prohibirle jamás (testigo el padre Oviedo) “el ejercicio decente de la poesía.” El Illmo. Dr. Fernández de Santa Cruz le dirige su *Carta de Sor Filotea*, que en modo alguno hallamos “impertinente” ni “torpe” (como Vigil o Luis Alberto Sánchez y hasta don Carlos González Peña), sino “discretísima y amorosísima” (como sor Juana la agradeció y Nervo lo comparte); y allí la exhorta “no a que mude de genio”, renunciando los libros”, pero sí a darse más a Dios y a “perfeccionar los empleos” de su pluma, con más frecuencia de “asuntos sagrados”... Y ella —excediendo, libre y cordial, sus evangélicas sugerencias— se encumbra (lo repetiremos con Junco) “al heroísmo del desasimiento y del amor”.

Así sacrificó su espléndida biblioteca y sus “muchos preciosos y exquisitos” instrumentos matemáticos y musicales, y “todo lo redujo a dinero para los pobres”, por manos del arzobispo Aguiar y Seixas —que no “la constriñó” a ello, aunque sí apresuróse él mismo a imitarla—, ni guardó para sí más que “tres libritos de devoción y muchos cilicios y disciplinas”... Había, en todo este tiempo, que refrenar su impe-

tuoso amor, “yéndole a la mano con sus penitencias. . . porque Juana Inés (lo decía el padre Núñez y nos lo trasmitió el padre Oviedo) no corre en la virtud, sino vuela”. . . Y “entonces sí fue santa” —concluye, tras proceso severísimo, el propio don Genaro Fernández Mac Grégor—, hasta que, asistiendo espontánea a sus hermanas pestosas (y en ellas, sin duda, a Cristo), “enfermó de caritativa” —en la preciosa expresión del padre Calleja—, y mostrando “confianza de gran ternura” en su Viático, murió “con vivas señales de deseo”, el 17 de abril de 1695, en la Domínica del Buen Pastor. . .

“Su muerte fue corona de su vida” —muy bien lo proclamó Menéndez y Pelayo—. Y “su hora más hermosa” fue sin duda —para todo alto espíritu, como para Gabriela Mistral— ésta en que la postrera sor Juana, mejor que la niña milagrosa y que la monja exquisita y genial, “es grande sobre todas”.